

ACTO PRIMERO

El *Lungarno*, en Pisa. En el fondo *le ponte di mezzo*. A la derecha, en primer lugar, el palacio de Torelli y luego el pórtico de una capilla. A la izquierda y al fondo el caserío. Debe verse algún otro palacio. A la izquierda una boca calle. Está declinando la tarde.

ESCENA PRIMERA

RENZO y ERCOLE, hablando en el centro de la plaza.

ERC. ¡Descaro se necesita!
Y ¿cuándo fué, dices?

REN. Hace
veintiocho años. Ya entonces
todas nuestras libertades
eran liviano juguete
de caprichos miserables;
pero aun así, no bastaban
á Florencia los ultrajes
de los déspotas crüeles
que le gobernaron antes
esta su ciudad de Pisa,
lo que nunca fué muy fácil,
y ansiosa en aquel momento
de más lutos, de más sangre,
reconociendo sin duda
las odiosas cualidades,
los desvelados rencores,
los satánicos afanes

de tiranía y de crímenes,
de sorpresas y espionajes
que en Spínola formaban
la condición y el carácter,
deteniendo en él sus ojos,
acababa de nombrarle
Señor de Pisa, en su nombre,
para extremar las crueldades,
para aumentar nuestra angustia,
para colmar nuestros males.

ERC. ¡Malhaya su torpe vida!

REN. ¡Malhaya su vida infame!

ERC. Pero prosigue tu historia.
Prosigue.

REN. ¡Dios nos ampare!
Aún era muy de mañana,
poco después del instante
en que despierta la aurora
entre dormidos celajes.
Guardado por veinte lanzas,
que apenas pueden guardarle
de la desbordada furia
de los odios populares,
Barnabo Spínola monta
su caballo de combate,
conteniéndole de bridas
por temer que se le escape.
Libre de la gran defensa
de la armadura que trae
sobre todo el cuerpo, sólo
se le distingue el semblante.
En el centro de la plaza,
llena de curiosos, alzáse
el cadalso, y el verdugo
muéstrase de pie, delante
de su tajo, donde el hacha
prodigó rojas señales.
Tres desgraciados esperan
término para sus males.
Son tres ciudadanos buenos
y es forzoso que lo paguen.

Es el uno fuerte y alto;
dos golpes no son bastantes
para que sus inquietudes
y sus dolores acaben.
Después, cuando al tercer golpe
se entrega por fin y cae,
un alarido terrible
se escucha por todas partes.
Otro es joven, y en sus labios,
que sus angustias contraen,
una flor pequeña y roja
lleva, por gala y donaire.
¡Qué recuerdo tan horrible!
Cuando el golpe formidable
del hacha partió su cuello,
en aquel charco de sangre,
al que saltó de repente
su cabeza palpitante,
le siguió la flor; lo mismo
que si quisiera besarle.
A Juan Bautista Torelli
llega la vez. ¿Quién no sabe
que es el orgullo de Pisa,
que es un noble y que es un mártir?
Sordos murmullos resuenan
por la plaza y en las calles,
y corren de boca en boca,
como los fúnebres ayes
que finge medroso el viento
cuando deshoja los árboles.
Y Spínola, de improviso,
dice al pueblo: «¡Bastel ¡bastel!»
Y á Torelli: «¡Te perdono,
Torelli, puedes marcharte!»
Pero... ¿Spínola?

ERC.

REN.

¿Quién puede
explicar lo inexplicable?
Quizá temió que las gentes,
indignadas, le arrastrasen.
Y dí... ¿Torelli?...

ERC.

REN.

Al principio

enmudeció de coraje;
 pero al advertir que el pueblo
 no cesaba de aclamarle,
 se colocó—te aseguro
 que nunca le vi más grande—
 junto al cadalso, de espaldas,
 y de Spínola delante,
 y así le dijo: «No dudo
 en aceptar, si te place,
 aunque tu bondad, por rara
 y por siniestra, me extrañe;
 pero sentiré que digan,
 cuando tus hechos se narren,
 que no supe comprenderte,
 que no pretendí pagarte;
 como que tú me perdonas
 tú, que nunca perdonaste,
 no extrañarás, de seguro,
 que contra tí me desarme.
 Nunca lucharé contigo,
 ni por nada, ni por nadie.
 Pero como el tiempo corre
 y las afrentas renacen,
 si llevo á tener un hijo
 que herede con mis pesares
 mis rencores... ¡no lo dudes!
 ¡él sabrá cómo vengarme!»
 ¿Y Spínola?

ERC.
 REN.

Pues... Spínola
 se marchó sin contestarle.
 ¡El, tan altivo! ¿Es posible?
 Pero desde aquel instante
 ya no perdona. ¡Sus fallos
 siempre son inexorables!
 Y desde entonces... ¿Torelli?
 Rendido por sus pesares,
 tal como triste fantasma,
 como animado cadáver,
 en ese palacio vive,
 te diré mejor que yace.
 De sus tétricos salones

ERC.
 REN.

ERC.
 REN.

á la vez sus penas hacen
 tumba de sus desengaños
 y de su vergüenza cárcel.
 Ni á los balcones se asoma,
 ni á la plaza nunca sale,
 como si cuanto pudiera
 contemplar le avergonzase.
 Meses y meses corrieron
 después del amargo trance,
 y un hijo tuvo Torelli,
 al declinar de una tarde
 que fué como nueva aurora
 para sus hondos afanes.
 Desde pequeño lo educa
 de manera que le salve,
 y él es digno de su nombre,
 de su patria y de su padre.
 ¡Tiene el temple de un romano
 y el espíritu de un mártir!
 El heredó la constancia
 de los odios implacables.
 ¡Es la justicia que llega,
 la venganza que renace!
 El querrá ser justiciero
 y sabrá cómo vengarse;
 él romperá las cadenas
 y lavará los ultrajes
 con que Florencia mancilla
 todas nuestras libertades,
 todas nuestras ambiciones
 y todos nuestros hogares.
 ¡Oh, le admiro!

ERC.
 REN.
 ERC.

REN.
 ERC.
 REN.

ERC.
 REN.

¡Lo merecí
 Y... díme... ¿podré contarme
 entre sus amigos pronto?
 ¿Quién lo duda?
 ¡Que me placel
 Tus largos años de ausencia
 no consiguieron cambiarte.
 ¡No!
 Te reconozco.

LIP. (Entrando.) ¡Renzol
REN. ¡Lippol
ERC. ¡Túl
LIP. ¡Que Dios os guardel

ESCENA II

LIPPO, RENZO, ERCOLE, después el ALGUACIL MAYOR, CATALINA, esbirros, un prisionero, hombres y mujeres del pueblo.

REN. ¿Qué, sabes algo de nuevo?
LIP. ¿Yo? Nada, siempre lo mismo:
destierros y delaciones,
miserias y sacrificios.
ERC. No es posible que se pasen
más años así... ¡te digol
LIP. ¡Aún más!
ERC. ¿Qué?
LIP. ¡Más desgraciados!
REN. ¡Vas á ver lo que sufrimos!
(*Entran el Alguacil, Catalina, el prisionero entre
esbirros, pueblo.*)
CAT. ¡No, por piedad!
ALG. ¡Vamos! ¡Este
á la cárcell
CAT. ¡No! ¡Dios mtol
ALG. ¡Pasol! ¡Dejadme... canalla,
que tengo prisal
ERC. ¡Por Cristol
CAT. ¡No, nol! Si lo pagaremos;
pero, señor, ¿de improvisol
Son demasiados tributos
para nosotros. Mis hijos
apenas comen... ¡Dejadme
por piedad, os lo suplicol

ALG. ¡Si ha guardado siempre todo
PUE. respetol... ¡Si nunca dijo
ALG. nada malo de Florencial
¡Basta yal! ¡Basta... repitol
¡Ah!
ALG. Páganos bien y pronto
y guárdate los suspiros.
ERC. ¿Cuánto debe?
ALG. Dos ducados.
ERC. Tomad. (*Dándole las monedas.*)
CAT. ¡Oh, señor!
ERC. ¡Inicuol)
Y tú, lacayo de casa
de Spínola, yo te invito
á ver si tienes los huesos
tan duros como ya he visto
que tienes el alma.
REN. }
LIP. } ¡Ercole!
ERC. ¡Imprudentel
ALG. ¿Qué? Lo dicho.
ALG. ¡Vaya, vaya! Contenöos,
y seguid vuestro camino
en paz, que de lo contrario...
REN. Es de advertir que mi amigo
desconoce las costumbres
de la ciudad.
ALG. ¡Pobrecitol
REN. Vuelve tras ausencia larga.
Tomad. (*Poniendo en manos del Alguacil unas
monedas, recatadamente.*)
LIP. (*A Erc.*) ¿Lo ves?
REN. ¡Cuando digo
que tengo razón mil veces!
ERC. Pero ¿en qué mundo vivimos?
CAT. ¡Señor!
REN. (*A Erc.*) ¿Te vas convenciendo?
CAT. ¡Oh, gracias!
ERC. Venid conmigo.
¡No hay penas que se resistan
á un gran vaso de buen vino!

Venid todos.

REN.

¿Vamos?

LIP.

Vamos.

ERC.

¡Todos, todos, yo convidó!

(Salen, seguidos por el pueblo.)

ESCENA III

JUAN BAUTISTA, SEVERO.

*(Juan Bautista, tipo venerable, con barba y cabellos blancos.
Entra del brazo de su hijo.)*

SEV. Pero... ¿tan pronto?

JUAN B. No intentes
disuádirme... Vuelvo á casa;
llega la noche. Ya pasa
fresco el aire, ¿no lo sientes?

SEV. Padre...

JUAN B. Te juro... te digo
por mi honor y por mi fe...

SEV. ¡Padre!

JUAN B. Que no volveré
más á salir... ni aun contigo.

SEV. La reclusión tan austera
en que vives te devora.

JUAN B. ¡Si lo quiere Dios!

SEV. Ahora
que vuelve la primavera,
que el valle y el bosque umbrío
y la montaña se ven
lentos de vida, también
renace tú, ¡padre mío!
A tanta luz ¿qué recelo?
¿Qué nieve resistiría

tanto sol?

JUAN B. ¿Qué sol podría
romper mi angustia, mi hielo?
¿Qué me importa la apariencia
si la triste realidad
me tuerce la voluntad
y me estraga la conciencia?

SEV. Dime tú, ¿quién admiró
tal virtud y tal secreto
con más fe, con más respeto
ni con más culto que yo?
Mas cuando de noche, padre,
duermes con el rostro hundido
en las manos, he podido
ver lo que llora mi madre.

JUAN B. ¡Ah!

SEV. ¡Que su dolor te venza!

JUAN B. ¡Hijo!

SEV. Si ocultas la cara
como aquel á quien ahogara...

JUAN B. ¿Qué? ¡Dílo!

SEV. ¡No!

JUAN B. ¡La vergüenza!
Sí; mi espíritu no implora
más que al olvido.

SEV. ¡Por tí!

JUAN B. ¡Pues si mi vida!...

SEV. Por mí.

¡Por lo que mi madre llora!
Si la angustia solamente
ya domina en el espacio
de nuestro oscuro palacio,
¿no consideras prudente
responder á mi deseo?

JUAN B. ¡Si tú lo comprenderás!
¡Si me aflige mucho más
cuando salgo lo que veo!
Pisa llorando sus penas.
¿Es que acaso no lo acabas
de ver? Sus hijas esclavas
y sus hijos en cadenas.

¿Quién busca su libertad
ni quién su dolor no esconde
cuando sólo nos responde
¡ya lo ves!... la soledad?
¿Ves las gentes? ¡En andrajos!
¿No reparaste en el puerto?
¡Qué desolación! Desierto
de buques y de trabajos.
Las calles ¡qué silenciosas!
¿Quién las cruza ya? Parece
que nadie. ¡La yerba crece
resquebrajando las losas!
¿Qué mansiones principales
tienen sus salas abiertas?
Sobre las enormes puertas
de las casas señoriales
cada escudo de granito
desmoronándose vá,
y su señor ¿dónde está?
¡Si no está muerto, proscrito!
¿Quiénes y cómo consiguen
poder salvar sus cabezas?
¿En qué astucia no tropiezas?
¿Por dónde no te persiguen?
Para que nunca te apartes
de su vil dominación,
puedes mirar al león
florentino en todas partes.
Sobre granito se ostenta
ó en mármol su efigie tiene.
No ruge, pero contiene
y amenaza y amedrenta.
¡Y pensar que me ganó
concediéndome su gracial
¡que tuvo tan gran audacial
¡que fui tan cobarde yo!
¡que pude corresponder!
¡Nol... ¡Si nol... ¡si no lo creol
¡Padre!

SEV.

JUAN B.

Ya ves lo que veo.
¿Quieres que lo vuelva á ver?

SEV. ¿Y el pueblo no me maldice?
Pero si tú..
JUAN B. Quita, quita.
¡Calla!
SEV. Deja que repita
lo que todo el pueblo dice.
¡Nol No pierdas la esperanza,
que mientras yo represente
tu nombre, mientras yo aliente,
alentará la venganza.
¿No resucitó conmigo?
¿No me impulsa? ¿No me obliga?
JUAN B. ¡Sí! ¡sí! ¡Que Dios te bendiga
tal como yo te bendigo!
Pero... no turbes mi pena.
Ni el cielo ni el sol me admiran.
¡El aire donde respiran
los tiranos envenenal
¡Adiós! ¿Hasta luego?
SEV. ¡Sí!
JUAN B. ¡Ya no puedo más!
SEV. Adiós,
padre. Roguemos á Dios
por él... por él... ¡y por mí!
(Juan B. llama á la puerta de su palacio. Le
abren seguidamente, y entra. Severo entra en la
capilla.)

ESCENA IV

ERCOLE, RENZO y LIPPO, luego BARNABO, SPÍNOLA,
PONCIA, EL ALGUACIL, PUEBLO.

ERC. ¡Pobres gentes! No podrías
figurarte lo que sientol
REN. ¡Y aún ignoras que este cuento
es el de todos los días!
ERC. Renzo, para no sentir